



DE LA NAO AL HIDROAVION O EL PROGRESO DE ACAPULCO

EN «Los Flamingos» hay un fresco mural que representa la llegada al puerto de Acapulco de una nao de la China y a un conquistador que contempla las telas y las bellas cosas venidas de Oriente. Por aquella época el tráfico era relativamente intenso y por la calzada montañosa e interminable venían hasta esta ciudad de México verdaderas obras de arte. Algunas se quedaban aquí en manos de las familias ricas y otras seguían por el Atlántico, rumbo a la sede imperial. Era el de Acapulco a México, viaje largo, peligroso y cansado. Diligencias y recuas de mulas. Españoles, peruleros, negros y chinos. Pero ¡qué buenas ganancias cuando la caravana llegaba ilesa!

Ahora, lo que más necesita Acapulco es facilidad de comunicaciones. Existe un insuficiente camino aéreo en cuyo trayecto se emplea poco más de una hora, y una carretera sinuosa y mal trazada que es preciso acortar. Un nuevo e inteligente replanteo ahorraría dos horas de viaje. Y la prolongación de la vía férrea hasta Balsas renovaría comunicaciones con Oriente y abarataría las tarifas para un transporte en gran escala. Todos los precios bajarían en el puerto, desde los materiales de construcción hasta los alimentos. Prolongar el ferrocarril sería inyectar oxígeno puro en los pulmones económicos de Acapulco.

TURISMO.—Acapulco vive del turismo. No hay otra cosa. Pero, hasta ahora, la corriente es como la de los ríos mexicanos: de aluvión, de avalancha, de crecida caprichosa. En ciertas estaciones se congestiona. No hay sitio para colocar una cama más. La arena se convierte en un colchón común y hay quienes duermen en las rocas como guijas. Se agota todo—hasta la paciencia—y muchos veraneantes regresan molestos y disgustados.

En otras épocas, como contraste, Acapulco está solitario. Apenas unos cuantos fanáticos que no alcanzan para despertar de su marasmo a los hoteles y al comercio. ¿Por qué no se reglamenta, se encauza y se regulariza este desordenado y anárquico turismo? Algo se puede intentar en tal sentido. Bien escalonando las vacaciones de los empleados públicos, o distribuyendo la impetuosa corriente en canales de capacidad lógica que no se desborden hoy y vayan secos mañana.

Acapulco necesita también una organización completa de sus mercados interiores. Hay que importar constantemente y ello aumenta los precios de las cosas. Los hoteleros y fondistas tienen que proveerse fuera de lo más indispensable, porque en el mercado local no se encuentra lo necesario. Y a pesar de esto, no puede decirse que la tarifa media en los hoteles sea exagerada. Cuarenta pesos por persona, con habitación y comida, si tanto la una y la otra son de primera, no es un precio caro. Sin



En la página anterior: «la Quebrada», costa bravia de Acapulco (a la derecha de la «foto», el hotel «El Mirador»), y la laguna de Coyuca.—En esta plana: una vista de la playa de Acapulco al anochecer y una magnífica panorámica de la bahía.—En la página siguiente: un aspecto de la vegetación que cubre la costa de «la Quebrada» en el hotel «El Mirador», y una de las playas que rodean a Acapulco.

embargo, estas tarifas no están al alcance de bolsillos modestos. Por eso, cuanto se traduzca en ahorro a la hora de surtir las despensas hoteleras, repercutiría instantáneamente en el abaratamiento general. Lo mismo puede decirse de la construcción. Levantar una casa en Acapulco significa invertir el doble o más que en la capital de México, porque todo hay que llevarlo desde aquí.

EL FANTASMA DE DON MAXIMINO.—Desde la terraza de mi cuarto del «Caleta», se domina la que levantara el famoso don Maximino en un islote de la playa.

No es la mejor de Acapulco, desde luego. Pero el desorganizado dinamismo de este funcionario y su afán exhibicionista, le hicieron imponer su voluntad para que se le permitiera plantar su mansión en sitio absurdo y arbitrario. Cortó la bahía con un puente ciego que ha sido preciso romper para la normal circulación de las aguas. Y allí quedó su linda casa, sin moradores y quizá hasta sin dueño.

La voz popular considera que vive algún pariente en la casona o el alma en pena del general. Permanece callada por el día y oscura por la noche. Más lo cierto es que la aprovecha un ingeniero, Mac Gregor, que pertenece a la Junta de Mejoras del puerto.

LOS BUCEADORES.—Desde esta misma terraza veo a los muchachos que bucean en busca de estrellas de mar y otros raros ejemplares marinos. Permanecen dos o tres horas braceando o zambulléndose en las aguas verdeazuladas. Algunos usan aletas de hule y, todos, el antejo de aumento. Se sumergen a profundidades de cuatro y cinco metros y permanecen cosa de un minuto sin salir a la superficie en busca de una reserva de aire.

Su tarea es agotadora. Pero se dan por satisfechos si logran reunir esponjas, caballitos de mar, corales, medusas y ma-



dréporas, que luego venden a los turistas. Pocas veces bucean en los acantilados y, cuando lo hacen, es para atrapar langostas. Un arte difícil, que necesita sumergirse bastante y hurgar entre las piedras.

También miro con frecuencia hacia ese mundo pagano, desnudo y acuático que nada en Caleta y Caletilla, o cruza hasta la Roqueta en lanchas, deslizadores y tablas flotantes. Mujeres jóvenes—y con frecuencia hermosas—, se tienden de espaldas sobre las láminas de madera, mientras un negro, erguido como una grulla, empuja con sus remos de pala la débil embarcación que las remolca. Y algunos atardeceres, cuando el sol se apaga en el mar, van a perderse en la costa solitaria con el romántico propósito de ver cómo surgen las estrellas en el cielo.

Atractivos del trópico con sus arenas candentes, sus olas suaves, sus palmeras y sus negros...

PESCAS DEPORTIVAS.—Una de las más fuertes atracciones de Acapulco es la pesca del pez vela. Hay abundancia de ellos, pero si sigue su persecución como hasta ahora, acabará por emigrar a zonas menos peligrosas. Este deporte resulta caro y está bien que lo sea, porque es una manera de defender un poco la fauna marítima. Sin embargo, llegan constantemente aficionados norteamericanos que acaparan las barcas y asedian a los hermosos peces, con un tesón infatigable, que terminará por desterrarlos de estas aguas.

La pesca de altura, como la montería, es cuestión de

Se defienden ferozmente y los cuchillos de sus dientes son impresionantes.

Yá cerca de la costa se cambian cebos y se tienden los sedales para el pez sierra.

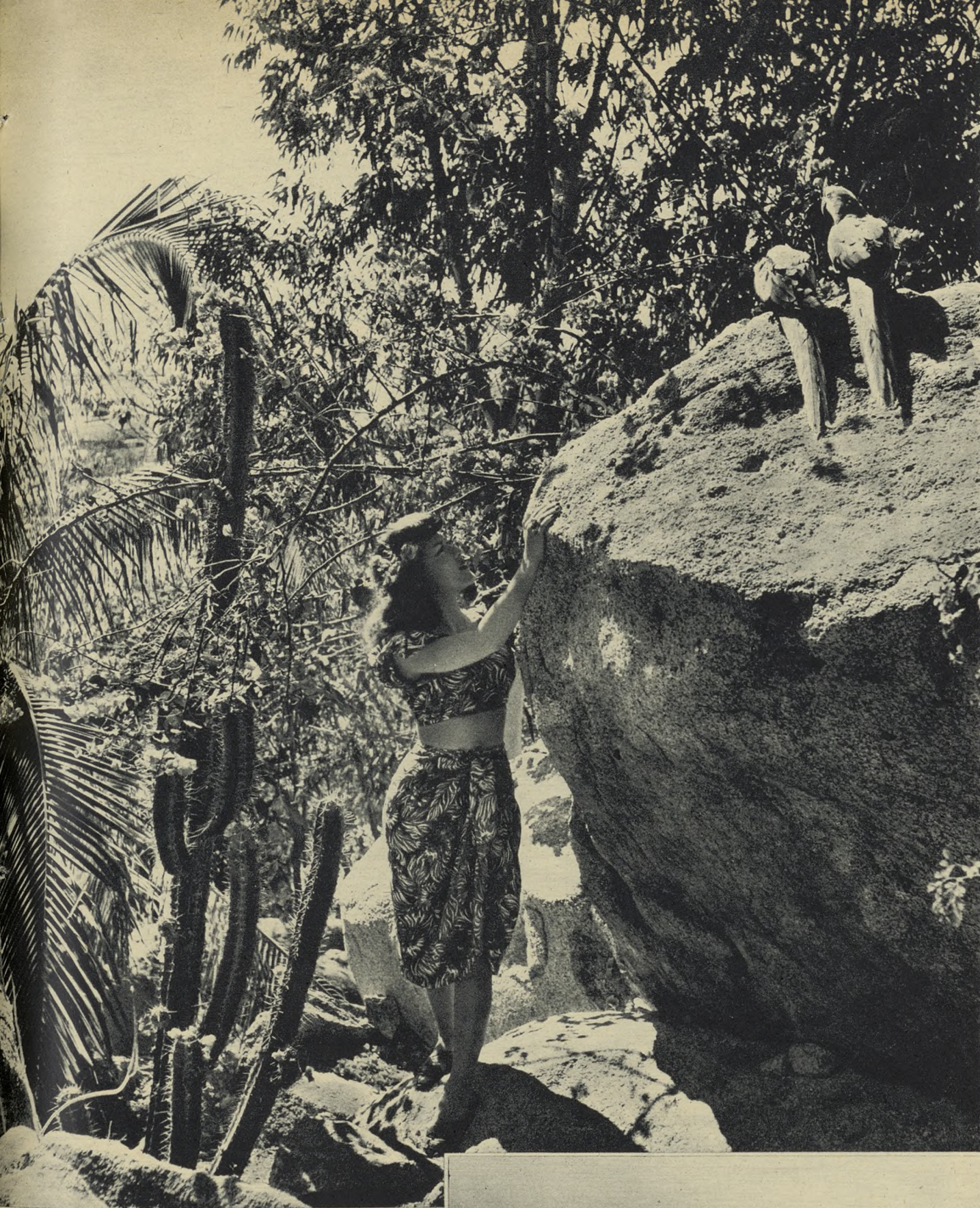
TORTUGAS Y GAVIOTAS.—No nadan por aquí las tortugas de carey, tan comunes por las vecindades de las Galápagos, en las costas ecuatorianas, pero a otras especies se las puede contemplar con frecuencia. Viven a grandes profundidades rocosas y al mediodía suben a la superficie. A veces tienen un metro y su caparazón es como una isleta móvil. Se las coge con gancho y, a veces, con la mano, pero su captura es difícil porque huyen con pasmosa celeridad.

En ocasiones se distingue en la distancia una mancha. Se piensa que puede ser una enorme tortuga, pero no es sino un cóncave de gaviotas. Cuando el pescador se acerca, alzan el vuelo por centenares y dibujan sobre las olas un bello y atrayente espectáculo de piruetas aéreas.

En tiempos de invierno, por las mañanas, se arriesgan hasta la orilla parejas madrugadoras de ballenatos o cachalotes. A estos ejemplares no les persigue nadie... hasta ahora.

INTERNACIONALISMO. — Se abre en Acapulco un verdadero muestrario de tipos internacionales sobre los que vale la pena lanzar una ojeada. En el «Hotel de Pesca», por ejemplo, emporio de elegancias y galanteos, estaba una persona, antigua conocida de los principales centros de reunión mexicanos: Virginia Hill, viuda y heredera de un millonario de película. Hermosa y fina, atrae la curiosidad de hombres y mujeres, mientras ella permanece lejana y hermética.

Por la playa y los paseos, por los bares y el puerto, se exhibe una mulata pintoresca con mucha pimienta en sus ojos tropicales. Nos dicen que está casada con un argumentista de Hollywood, que se fué hace tiempo al paraíso del «cine», y ella sigue en Acapulco con su yate blanco en la rada. Viste exóticamente y se desviste con naturalidad. Jamás está quieta. Habla, ríe a carcajadas, se agita y se mueve a todas horas, durante el día y la noche. Tararea canciones mexicanas y americanas y hasta suele intentar las bulerías. En cuanto aparece por el «lobby», la rodea instantáneamente una corte de admirado-



suerte. A veces se recorre una faja durante varios días sin encontrar nada y, luego, viene otro pescador y cobra abundantes piezas.

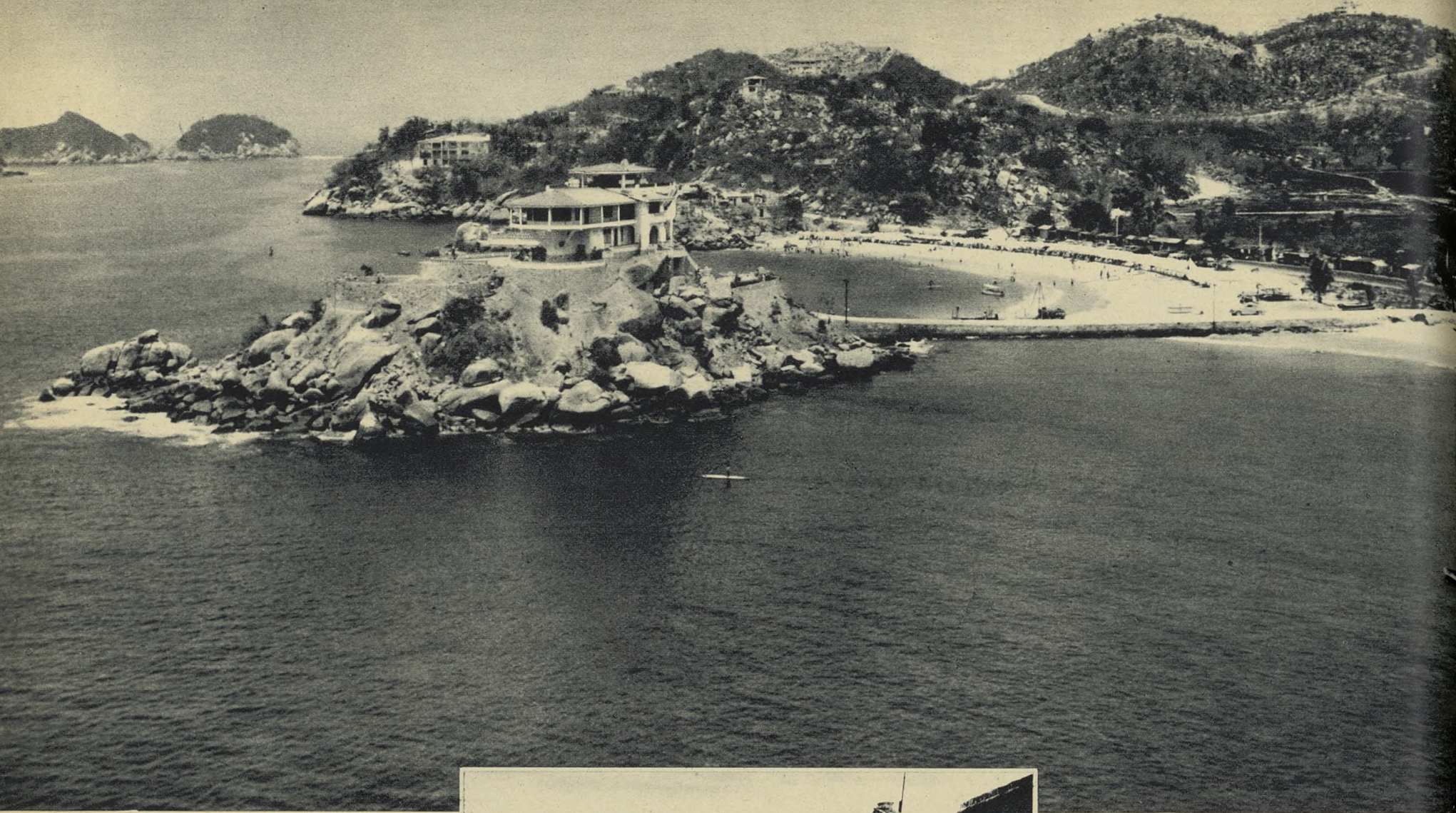
La «María Cristina» es grande, marinera, y tiene dos sillones giratorios. Las maniobras comienzan en cuanto se sale de la bocana. Se clavan los cebos y se sueltan los sedales, que dos pies de gallo separan de la embarcación. Se aferran las cañas... y a esperar.

Los peces vela tienen preferencia por el agua azul. Su paso se advierte desde lejos. Y la emoción culmina cuando uno de ellos se decide a rondar el cebo y a morder. La pieza da grandes y espectaculares brincos, con su enorme vela de dos pies de alto desplegada. Unos se entregan pronto y otros luchan con valor y resistencia durante una hora o más.

Ninguno es capaz de sacar a un hombre de la silla. Ni su fuerza ni su peso lo autorizan. Pero cuando se trata de señoras, bueno es tomar la precaución de amarrar la caña contra el cuerpo de la dama pescadora y los brazos del sillón, porque un movimiento nervioso dejaría escapar útiles de pesca que valen cosa de mil pesos.

Se cobran también otras especies comestibles y, a veces, tiburones. Pero éstos tienen muy duro el paladar y cuesta trabajo ensartarles el anzuelo. Además dan mucha guerra para entregarse.





res. Y es notable lo que aprende del «Chatito» Suárez y de otros «maestros» sorbónicos en su diario y nocturno curso de folklorismo. La mulatita es lista y asimila con gran facilidad. Cuando se decida a regresar a Hollywood para reunirse con su marido, el argumentista podrá contar con una esposa, y, además, con un archivo viviente de «ambientaciones» tropicales. No sería posible encontrar persona más «ambientada».

RATAS FILARMONICAS.—En la parte más alta de Acapulco, con una vista encantadora sobre la bahía y el mar abierto, funciona por las noches un elegante centro de baile. Cuando se congestiona el puerto con yates y navíos de recreo, las parejas son numerosas y, algunas, muy dignas de despertar el interés del más indiferente espectador. A veces, en una sola mujer, puede seguirse todo un itinerario que en unos momentos recorre el mundo entero y que tiene tantos hitos amorosos como puntos cosmopolitas surgen en el mapa.

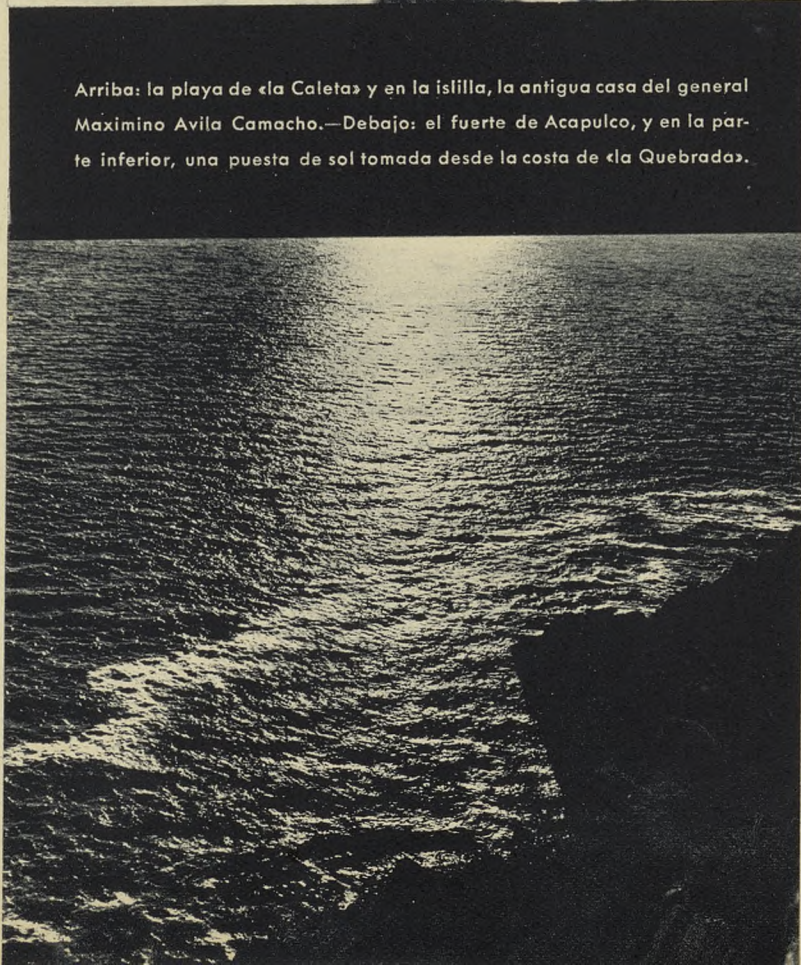
La terraza es amplia y presenta todas las variedades de la flora del trópico. Arriba, un cielo oscuro con algunos diamantes de Kimberley. Los músicos recurren a las canciones de moda americanas y mexicanas, y unas cuantas muchachas de tez cobriza ambientan la escena con el vaivén de sus caderas, mientras los forasteros imitan estos movimientos un poco gimnásticamente.

Y a veces, entre los pies de los bailarines y los macetones cargados de plantas exóticas, ante la indolencia de un gato lleno de sensual pereza y el desprecio de los camareros, pasan unas ratas que han trepado desde el puerto atraídas por la languidez del saxofón y la gracia de las flautas. Y se quedan atentas y curiosas, agazapadas bajo la tarima de la orquesta.

AISLAMIENTO FEUDAL.—Tiene Acapulco algo de las faenas taurinas de Procuna: le falta ligazón. Desciende inmediatamente de la etapa revolucionaria y refleja improvisaciones a veces muy costosas. Carece de raíz. Tuvo en su época hasta ingerencias históricas, que luego se desvanecieron con la incomunicación, y el poblado de Acapulco no progresó. Pero un



Arriba: la playa de «la Caleta» y en la isllita, la antigua casa del general Maximino Avila Camacho.—Debajo: el fuerte de Acapulco, y en la parte inferior, una puesta de sol tomada desde la costa de «la Quebrada».



día cayeron sobre él los «nuevos ricos» y otros que acrecentaron sus talonarios de cheques en tiempos de río revuelto, originándose una disputa por los picachos y por las cumbres donde sopla la brisa. El valor de los terrenos subió arbitrariamente. Florecieron los fraccionamientos como las nueces de la India y cada quién—y fueron muchos quiénes—, gastó millonadas para construirse una casa roquera, y, sobre todo, para acondicionarla. Allí no había nada de lo que se necesitaba, ni para construir, ni para amueblar.

Ahora, si las comunicaciones con Acapulco se mejoran y completan, pueden hacer mucho en favor de la unión del puerto oriental con el resto del país. No debe prolongarse su aislamiento feudal, que no conviene a nadie.

Acapulco, sin embargo, habrá de sujetarse a un reajuste económico que detenga los movimientos ascendentes inflacionarios y deje las cosas en su verdadero sitio. El inflacionismo no puede perdurar y el valor de casas y terrenos regresará a su nivel lógico. Los hoteles, por otra parte, hacen fuerte y ventajosa competencia a las residencias particulares, porque resulta más cómodo, más animado y más sociable, vivir en uno de estos lugares de concurrencia cosmopolita, que no trepando como cabras por las cimas montañosas, en compañía de buitres y quizá de brujas, y a donde hay que subir hasta el agua potable.

No hay duda que cuida y atiende al turista, pero tampoco faltan abusos que perjudican gravemente el crédito acapulqueño. Hay que vigilar con más celo y convencerse de que un momentáneo provecho personal causa daños a toda la población, que vive del forastero.

Y, por último, aquellos que manejen fondos destinados a mejorar las condiciones de vida de Acapulco, han de hacerlo con tino, talento y absoluta limpieza. Es necesario sembrar confianza y lo demás llegará por sus propios pasos.

Acapulco, indiscutiblemente, tiene un porvenir lisonjero. Se ha puesto de moda y su playa tiene hoy las mismas resonancias sociales, para el continente americano, que lo tuvieron en Europa las costas azules y elegantes que se miran en el espejo del Mediterráneo.

XAVIER SORONDO
(Director de «Excelsior», de México)